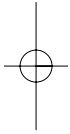
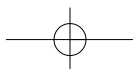


# Àngel Font

## NUEVO RICO



**PUBLI CORINTI**



## Ira inicial

Isi saltó los tres escalones que separaban la lujosa entrada a la finca del semisótano de su casa. Era la primera vez que lo conseguía sin darse de bruces contra la pared frontal o con el trasero en el suelo.

—¡Bravo! —exclamó para sí mismo ojeando al fondo del pasillo para ver si alguien admiraba su hazaña.

La puerta del corredor se abrió al tiempo que él franqueaba la de la entrada tras saltar por enésima vez los tres escalones. Isi tenía sólo cinco años, no podía comprender la escena que de improviso aparecía ante sus ojos en el comedor de su casa, así como tampoco la respuesta acelerada que su presencia en el hogar estaba provocando: su madre se bajaba la falda precipitadamente y don José se subía los pantalones. Sin embargo, por una fracción de segundo pudo ver unas imágenes que lo confundirían y que tardaría años en entender.

No estaba previsto que Paco apareciera por allí hasta las doce y media, ni que Isi regresara del parvulario, situado justo enfrente de la finca, antes de la una, o que la puerta

## Àngel Font

---

estuviera mal cerrada y pudiera abrirla una corriente de aire. No obstante, como ocurre tantas veces, esta circunstancia marcaría toda una vida, influiría en el destino de las personas implicadas en el suceso y en el de muchas otras más.

—Mira, mamá, ¿has visto qué salto? ¡Los tres a la vez! ¿Has visto?

Don José se abrochaba apresuradamente los pantalones detrás de la puerta. Teresa se refugiaba al otro lado de la mesa para bajarse la falda, mientras Isi corría a explicar su hazaña ajeno a lo que allí pasaba. Pero los siete metros del largo pasillo no borraron de su mente la imagen de don José con los pantalones tocando el suelo y sus peludas piernas apretadas contra las de su madre.

Estas imágenes crecerían con él y evolucionarían en su interior.

—¿Viste, mamá?

—Sí, hijo, menudo salto... —le costaba hablar.

—Hola, don José, ¿lo vio usted? Mamá, hoy hemos salido antes del *cole* porque se ha muerto el papá de la señorita.

Isi no sabía lo que ocurría, pero ya daba explicaciones innecesarias, cuando eran otros quienes hubieran tenido que darlas.

—Adiós, Teresa, ya nos veremos —don José salió precipitadamente de la casa—. Lo siento.

Tres años intentando seducir a la portera y el día que lo consigue entra su hijo pegando brincos. —*Espero que el maldito crío no se haya enterado de lo que estaba pasando. Como se lo diga a Paco, aquí se arma.*

---

**Nuevo Rico**

---

Don José entró en casa y en lugar de ir a su bufete se dirigió al salón. Su mujer estaba cortando unas verduras.

—Hola, José. ¿A qué hora comemos hoy?

Don José se acercó meloso, le quitó el cuchillo de cocina que no paraba de cortar vainas de judías verdes, pasó entre sus dedos el paño que tenía en una rodilla, limpió los restos de verdura de su mano acariciando cada dedo, le puso el trapo de nuevo en la rodilla. Sus gestos y su mirada delataban las intenciones que traía.

—¿A estas horas, José?

—Todas son buenas. Mira, compruébalo tú misma.

La mujer pronto hizo algo más que comprobar su excitación.

Algunos pisos del Eixample barcelonés son viviendas divididas en dos alas. En una de ellas pueden instalarse un par de despachos y una sala de espera; en la otra, las dependencias de día y algunos dormitorios. Don José era abogado. Recibía a sus clientes y vivía en el mismo piso; salía poco por la ciudad, salvo en las obligadas visitas a los juzgados.

Su pasante, Diego de Zuloaga, era la discreción personificada, no levantaba cabeza: su vida transcurría del texto jurídico a la máquina de escribir o pasando escritos que don José Sans le solía dictar a viva voz.

Media hora después, don José, aseado y compuesto, entró en el ala dedicada a su bufete.

—Hola, Diego, ¿todo bien?

—Sí, don José. ¿Cómo fue en el juzgado?

—Todo según lo previsto, gracias.

Don José se sentó en su sillón de cuero marrón ribeteado con cinta y tachuelas doradas, estiró las piernas y puso en marcha su máquina de refrescar la memoria.

## Àngel Font

---

—*Dios, qué placer entre la una y la otra* —marcó una pausa y prosiguió—: *El olor, esto es lo que diferencia a las mujeres. La mía huele como a rancio, y la portera, algo así como a limones* —rió para sus adentros—. *¡Ah, si los hombres pudiéramos contar las cosas que hacemos...!*

Se quedó medio dormido. Era el descanso de Cupido, la somnolencia que llega después de complacer un instinto sediento de encuentros con el otro sexo.

En su sueño vio al crío espiando mientras hacía felices a su madre y a su mujer a la vez. Carmen, así se llamaba la mujer del letrado, gemía satisfecha al lado de Teresa. De pronto el niño chilló con todas sus fuerzas y arremetió contra todos con la escoba que había en el pasillo.

—*Tú crees que no te he visto, pero ya verás cuando sea mayor* —le increpaba con el ceño fruncido.

El escobazo despertó a don José de su inevitable modorra.

—*¡Diego, tráeme un café!* —ordenó desde su mesa.

El fiel pasante corrió como siempre. Era la voz del maestro. Estaba allí para aprender del prestigioso letrado barcelonés. Su padre lo trajo desde Bilbao recién salido de la universidad.

—*Barcelona te cundirá. Don José es mi amigo del campo de concentración de Saint Ciprien. La facultad te enseñó Derecho; él te enseñará a ser justo, a trabajar y a practicar para ser un buen abogado.*

—*Lo que tú digas; no me importa ir a Barcelona.*

—*Cuando estés listo me lo dices y te monto un bufete en Bilbao. —Pero ese día nunca llegó.*

La finca de seis pisos y dos viviendas por planta estaba ocupada por letrados, arquitectos, ingenieros y un par

de médicos, todos ellos tenían entre cuarenta y cincuenta años. Si olvidábamos a las hijas de los vecinos, la portera era una tentación. Treinta años, llenita, pecho abundante, cuerpo erguido, de sonrisa fácil, amable y servicial con todos. Algunas vecinas no la soportaban. Entre ellas se decían que era una buscona.

Teresa no buscaba nada, sólo deseaba conservar la portería, que su marido no se metiera con ella y educar a su hijo para que no tuviera que pasar por lo que habían pasado los suyos de generación en generación, miseria tras miseria, calamidad tras calamidad.

—Mamá, ¿qué te hacía don José?

—Nada, hijo. ¡Déjame en paz!

—*¡Dios! Se ha enterado. Mi hijo lo ha visto. ¿Qué debo hacer?*

Teresa no podía hacer nada, sólo sufrir en silencio el angustioso remordimiento y rezar para que su hijo no se lo contara a Paco.

O sí, quizás podía hacer algo mejor.

Sin pensarlo dos veces, subió al tercero y pulsó el timbre de la puerta en cuyo cartelito dorado podía leerse: *D. José Sans, abogado*.

—Pase, Teresa, pase —dijo el pasante, que en aquellos años hacía las veces de portero, mecanógrafo, camarero y mensajero.

La acompañó a la sala de espera.

—Don José, es Teresa. ¿Qué hago?

—¡Ah, Teresa! Hágala pasar.

Teresa tuvo tres minutos para pensar.

Tres minutos son toda una eternidad si se funden en las llanuras inmensas de nuestro desierto mental.

## Àngel Font

---

Tres minutos bastan para cambiar toda una vida, abrir puertas y cerrarlas, tomar decisiones brillantes o desca-belladas.

Tres minutos de espera en el salón de don José le bas-taron a Teresa para reconducir toda su vida y aún le sobró tiempo para observar con detalle la porcelana blanca y azul que lucía todo su arte y presidía la estancia cargada de mue-bles isabelinos. Era la figura de un pastor que tiraba del rabo a un perro que se empeñaba en morder el pie de una her-mosa dama tocada con sombrero y sombrilla a medio caer de sus finas manos y dedos alargados. La rabiosa cara del perro y la asustada del pastor contrastaban con la indiferencia del acompañante de la dama, que le daba el brazo mientras con la otra mano sostenía un libro que leía con avidez.

Tres minutos le dieron tiempo a Teresa para pensar: —*Así son todos los hombres, o como el que intenta defender-te o como el que no se preocupa de que te dañen*—. Se qui-tó las bragas y las metió en el bolsillo de su delantal.

—Pase usted, Teresa —interrumpió el pasante Diego de Zuloaga, justo a tiempo para no pillarla en el fugaz cambio de su ropa interior.

Una vez dentro del despacho Teresa se sorprendió al ver que su furtivo amante la miraba sin inmutarse.

—Dígame, Teresa, ¿qué desea?

—*¡Dios! Con esta frialdad no se puede llevar a cabo nin-gún plan* —pensó.

—Bueno, usted es el que desea. Ya sabe lo que esta-ba pasando hace sólo un rato...

Don José se hacía el indiferente. Estaba satisfecho y frío, se hallaba en su despacho, su santuario del Derecho, como solía decir.

---

**Nuevo Rico**

---

—Oiga, joven, eso era antes. Ahora tengo otras obligaciones y no me gusta ser interrumpido, así que...

—Así que usted manda, don José, si no quiere acabar lo que ha comenzado...

—Ya lo acabé y sin interrupciones...

—Se ha... —hizo signos explícitos con la mano derecha, mientras, sonriendo con picardía y ánimo de seducir, le mostraba la prenda íntima que llevaba en el bolsillo—. Ya ve que vengo preparada.

Don José sintió otra vez el cosquilleo del placer. Estuvo casi a punto de explicarle que había acabado con Carmen, su esposa, lo que empezó con ella. De este modo no lo molestaría y lo dejaría en paz. Pero ante la posible segunda parte que se avecinaba prefirió callar y concluir en la mesa del despacho lo que comenzó en la del comedor del semisótano de la portería.

Cinco minutos fueron suficientes.

Satisfecho por segunda vez en menos de una hora, se puso cómodo en su butaca y permaneció inmóvil, estirado con las piernas abiertas.

Teresa, cabizbaja, inició su retirada. Los hombres como don José no suelen ser demasiado corteses cuando ya han saciado su apetito.

—Oye, putita, yo no me lo hago nunca solo. Siempre tengo a mi mujer o a alguien como tú que me ahorra el trabajo.

—¿Quiere decir que empezó con la portera y acabó con su señora?

—Tú lo has dicho.



## Àngel Font

---

Carmen oyó el portazo que dio Teresa al otro lado del piso. Salía otra portadora de la simiente de don José.

La sumisa esposa cuidaba de no quedar embarazada. Si había peligro, advertía al marido; si no lo había, no decía nada. Esta vez no había dicho nada, a pesar del riesgo que se corre entre períodos.

Carmen, ante el espejo del salón, se miraba su liso y fino vientre.

—*Una chica de veinte, un chico de quince y un bebé hijo de una mujer de cuarenta... Esta vez el ilustre abogado se va a enfadar.*

Carmen intuía que podía haber quedado embarazada. Estaba harta de aburrimiento, de criadas, pasantes y suegros. Quería pasar una vez más la aventura de la maternidad, quería despedirse de sus años fértiles con la gestación de otro bebé.

Últimamente don José pasaba semanas sin tocarla, ya no hacían el amor como antes. En el teatro, en la ópera, en el Palau, sólo tenía miradas y ojos para otras caras más jóvenes, menos arrugadas, más sonrientes, más felices.

Carmen tuvo a su hija a los veinte y a su hijo a los veinticinco. Desde entonces su cuerpo había ido cambiando. Su segundo bebé le arrebató la poca cintura que le dejó el primero, se llevó más pelo de su abundante cabellera, desinfló sus senos y arrugó su vientre.

Pero lo peor fue el distanciamiento de su marido. Don José no la deseaba, nunca más fue fogoso ni apasionado. Evitaba besarla en la boca y si lo hacía era envuelto con el pestilente aliento del alcohol.

Su único refugio era la lectura, las radionovelas, las historias de las criadas y los problemas de colegios y niños.

## Nuevo Rico

Su hija se había casado el año anterior, con diecinueve años. Carmen esperaba ahora su primer nieto.

—*Señor, dame otro hijo, aprovecha mis senos inútiles, dame otro hijo y llena mi cuerpo arrugado, dame otro hijo y déjame sin cabellera, sin dientes. Dame otro hijo y déjame vivir para él o moriré de asco.*

La imagen del Sagrado Corazón sentado majestuoso con un cojín en el pie, la bola del mundo en una mano y el báculo en la otra, pareció sonreírle:

—*Te lo daré si tienes paciencia con el marido y si educas al niño en la fe de Dios y lo llevas al seminario para que me sirva.*

Carmen estaba segura de lo que acababa de oír. Dios le solía hablar a menudo. Sin Él jamás hubiera podido aguantar tantos años humillada al lado de don José. Su comunión constante con el Hacedor le permitía escucharle: ella le hablaba y Él contestaba. Su fe la salvaba, Jesús la redimía a diario, le daba fuerzas para superar sus días de ira y seguir siendo una esposa bíblica.

Carmen seguía quieta, silenciosa, delante de la imagen. Hoy sus criadas tenían libre parte del día, estaba sola.

—*Gracias, gracias, gracias. Cumpliré tu santa voluntad. Te entregaré a mi hijo, salvaré a mi marido del mundo del pecado, te consagraré toda mi vida.*

Mientras tanto, su marido estaba poniendo difícil el hecho de que ella pudiera cumplir su promesa y él hallara la salvación eterna. En aquel preciso momento don José se reponía de su segundo coito.

## Àngel Font

---

Cuando la portera llegó a la entrada, Paco estaba hablando con su hijo delante de la puerta.

—Mamá, le he dicho a papá que hoy nos hemos quedado sin colegio porque se ha muerto el padre de la señorita.

Teresa, asustada, observó el rostro de Paco. No parecía que Isi le hubiera contado nada. Corrió al aseo, se lavó a conciencia, se irrigó con una pera y se tranquilizó.

Por la noche sedujo a Paco, hizo que bebiera más de la cuenta para tener una loca noche de amor, según tenía previsto en su plan. Cuando Paco se lanzaba era un verdadero semental, y si ella colaboraba la simiente de Paco podía correr abundante un par de veces en una noche.

Ya de madrugada Teresa susurró al oído del exhausto toro humano:

—Creo que si después de esto no tenemos otro Isi, ya nunca más tendremos hijos.

—¿Tú crees que es posible?

—Sí, hoy es un buen día para mí.

—Pues si es bueno para ti también lo será para el niño que te acabo de meter —fue lo último que dijo antes de quedarse roncando hasta la hora de abrir la portería.

Mientras desayunaban, Paco comentó a su mujer:

—Si tenemos otro hijo, no quiero la tontería de ponerle Isidoro y llamarle Isi. Eso es para los señoritos; nosotros sólo somos porteros y no debemos hacer esas cosas.

—Bien, ¿y si es una niña?

—¿Tendré un hermanito, mamá? —preguntó Isi.

—Algún día, quizás —contestó Teresa.

Pasaron nueve meses, todo transcurrió como Teresa había planeado. Pero una imprevista coincidencia podía hacer cambiar algo las cosas; o nada, vete a saber. Teresa y Carmen estaban embarazadas del mismo tiempo.

La señora de don José Sans tenía presupuesto ilimitado. Hizo arreglar una nueva habitación para el bebé. Llamó a un especialista en decoraciones infantiles para casas pudientes, lo preparó todo para una habitación de bebé varón.

—No entiendo tu aplastante seguridad. ¿Cómo puedes estar tan convencida de que será un niño? ¿Y qué hacen en la habitación un órgano de iglesia y un niño Jesús de tamaño natural? —don José siempre la trataba despectivamente.

—Bueno, el decorador...

—¡No me vengas con ésas! ¡El decorador me ha dicho que tú le obligaste! Ya me dirás tú qué pinta todo esto en una habitación de bebé: libros de misa, biblias, historias de santos, las obras de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, el *Criterio* de Balmes, un breviario, un reclinatorio, cruces y agua bendita en la entrada. Pero, mujer, ¡todo esto es del siglo pasado!

Ante sus arrebatos, Carmen siempre optaba por callar.

—¿Te has fijado en la portera? Parece que estamos embarazadas del mismo tiempo, ¿no crees? —respondió para cambiar de tema.

—Sí, vaya una casualidad —respondió don José.

Ahora el que callaba era él. Mientras, recordaba el trasero de Teresa ofreciéndose encima de la mesa de su bufete.

## Àngel Font

---

—*Mira que si he sido yo el que ha preñado a dos mujeres en una hora...* —pensaba, preocupado. Pero por otro lado se decía: —*Otra de las cosas que no podré contar jamás... ¡Ah, si los hombres pudiéramos hablar...!*

Teresa veía a diario cómo la barriga de Carmen crecía al mismo ritmo que la suya mientras en sus oídos no dejaban de resonar las palabras hirientes de don José: —*Oye, putita, yo no me masturbo nunca. Siempre tengo a mi mujer o a alguien como tú que me ahorra el trabajo.*

El día que los pilló Isi fue uno de los más desgraciados de toda su vida. Su madre le había pedido dinero para comprarse una dentadura, pero ellos no ganaban lo suficiente, así que, viendo que don José se pasaba el día intentando ser amable con ella para conseguir sus favores, le pidió el dinero prestado:

—Usted me lo deja y yo le aseguro que en un año se lo he devuelto. Por favor, don José, me duele ver a mi madre sin poder masticar.

—Mira, Teresa, tú me caes bien. Te ayudaré, no te preocupes —y diciendo esto paseó las manos por su talle.

—Sin pasarse... Le pienso devolver hasta la última peseta.

—Claro, mujer. Mañana te lo doy. Me preparas un café a las doce y te lo llevo yo mismo a tu casa.

Teresa sabía que a las doce no estaría su marido, era la hora de ir a Correos. Comprendía que ése era el momento elegido con toda malicia por don José. A pesar de eso, aceptó el trato: haría café.

Al día siguiente, a la hora prevista, don José entró radiante, dispuesto a seducirla. Ella, en cambio, no ponía cara de querer dejarse.

---

**Nuevo Rico**

---

—Ya está listo el café, don José. Le sirvo enseguida; siéntese usted, por favor.

El letrado tomó asiento en un lateral de la mesa y miró a su alrededor.

Era un sótano inmundado. ¿Cómo podía haber tanta mierda debajo mismo de su propia casa? Estaba todo limpio y ordenado, pero daba pena por la humedad, por los muebles desvencijados y faltos de pintura, por las paredes descascarilladas, por el techo perdiendo el yeso. Se sentía dolido por la infinita pobreza mostrada sin tapujos en aquel cuchitril, y al mismo tiempo reafirmado en sus intenciones ante la evidente superioridad de su posición económica y social. Su inconsciente, por no decir conciencia, reivindicaba el derecho de pernada de los de su clase.

—Huele muy bien, Teresa. Gracias.

—A usted por ayudarme, don José.

—¿Sabe su marido que usted me ha pedido dinero prestado?

—No, claro. Si se lo digo me mata, es muy orgulloso.

—Y hace bien, Teresa, hace bien. Hay cosas que los maridos no deben saber —dijo con evidente doble intención.

—Yo se lo cuento todo, no tengo nunca nada que esconderle, menos lo de la dentadura de su suegra, eso sí que no se lo pienso decir—. No era una mujer de carrera, pero le sobraba agudeza para entender al letrado y responderle con el mismo lenguaje de contenidos indirectos.

—Tenga el sobre.

Teresa lo guardó en su delantal.

—Ya le dije que cada mes le devolvería un poco.

## Àngel Font

---

—No es necesario. Se lo regalo a cambio de que seamos amigos.

—No, no, don José, se lo devolveré todo —contes-  
tó rápidamente Teresa, temiéndose lo peor.

—¿Y a cambio de unos besitos?

—¡Qué hace usted, don José!

El jurista tenía una mano en su melena y otra en su seno mientras intentaba besarla en la boca. Teresa lo apartó con violencia y se puso de pie. El abogado la cogió por detrás y le apretó la cara contra la mesa.

—Teresa, Teresa, cálmese usted... En su bolsillo tiene el dinero y si no se está quieta diré que me lo robó, el sobre es de mi bufete. Cálmese, hágame caso, mi dulce portera, sólo será un momento. No querrá que su marido sepa que los vecinos le pagamos servicios extras...

Ante tan jugoso pastel, don José jadeaba y babeaba como un cerdo, incapaz de tragar su abundante secreción salival.

Teresa pensaba veloz: —*¡Dios, en qué lío me he metido! ¿Qué hago?*

Mientras, el letrado la retenía contra la mesa apoyando el antebrazo izquierdo en su nuca y acariciándola con la mano derecha.

—Sólo un minuto y ya no me deberás nada. Sentirás cosquillitas, ya lo verás. Un minuto, un minuto, Teresa. Sólo un minuto.

Dejó de forcejear. Don José aumentó sus caricias, ya no necesitaba forzarla. Aquello sería coser y cantar. Se bajó los pantalones...

El resto lo estropeó Isi cuando consiguió saltar los tres escalones por primera vez.

Ahora don José pagaría por su cabronada. Le llegaría la factura, le entregaría el recibo del pago anticipado de hacía unos meses.

Teresa llamó a la puerta del letrado. Diego la saludó con amabilidad y la hizo pasar al salón isabelino.

—Un momento, enseguida lo aviso.

—Gracias, Diego.

La escultura de porcelana seguía en su lugar, el perro continuaba mordiendo el pie de la dama. El buenazo del pastor insistía en ayudar a la señora y el caballero leía impasible, ajeno al dolor de su esposa.

—Ahora verás tú si sigues leyendo tan tranquilo o si me quitas el perro de encima —murmuró.

Minutos después don José se levantaba para saludarla atentamente:

—Hola, querida, ¿cómo está usted?

—Ya ve... Bueno, ya me ve todos los días... preñada, como su esposa.

—Sí, sí, y... ¿cuál de las dos va más avanzada?

—Vamos igual, las dos estamos casi listas. Eso usted lo sabe mucho mejor que nadie, ¿verdad?

—¿Yo?

—Claro, ¿o es que ya ha olvidado que primero se calentó conmigo y luego se descargó con ella?

—¡Qué disparate!

—¿Acaso ha olvidado lo de *putita, el trabajo me lo hacen mujeres como mi esposa o como tú?* El caso es que la factura de la dentadura de mi madre ha subido. Ahora quiero una pensión y garantías de que pagará los estudios de mis dos hijos, el que tendré de usted y el que tuve de Paco.



## Àngel Font

---

—Pero, ¿cómo se atreve? ¡Largo de mi casa ahora mismo o la demando por chantaje!

—¡No me chille, porque la que lo va a denunciar soy yo!

—¡Atrévase!

Don José descolgó el teléfono y pidió a la telefonista que lo pusiera de inmediato con el comisario de policía don Antonio Soto.

—Ahora mismo se la llevarán detenida. Ha olvidado usted que está ante un abogado, ¡un defensor de la ley!

Teresa salió corriendo del despacho. Don José colgó el teléfono antes de oír la voz de su amigo Antonio.

—*¡Maldita puta! Hay tantas cosas que nunca podré contar a nadie...*

Don José estaba seguro de su doble paternidad. Ignoraba que Teresa y Paco habían dedicado toda una noche al placer, al amor, a la procreación. Estaba seguro de ser un semental único. Sólo lamentaba no poder contárselo a nadie. Lo primero era mantener su imagen de honor sin mácula.

El honor priva de tantas cosas... Si no fuera por el temor, ¿habría honor? ¡Honor! Un monumento de refinada apariencia.

El honor iba a privar a don José de la bravata machista y ancestral de regalarse los oídos explicando sus aventuras en la sala y en los pasillos del Palacio de Justicia, o en los consejos de empresa que presidía y en la relación con sus compañeros y conocidos.

No podría hablar de su trofeo humano, la forzada compra de un cuerpo, la esclavitud del dinero, la violación encubierta, pero violación se mire como se mire; ni de la

## Nuevo Rico

legítima posesión del cuerpo de su mujer, suscitada por la vergonzante lujuria provocada por otra posesión, sin amor, sin afecto, sin ningún tipo de cariño. Una posesión que no acababa en el abrazo del amor compartido, sino con un final de asco, recelo e ira mal reprimida contra uno mismo por la conciencia de la propia imbecilidad.

Don José quería hacerse el gallo con otros machos, se moría de ganas de contar que había violado a su mujer y a su portera y que además las había preñado el mismo día. Se lo impedía el honor.

Honor, bendita hipocresía que salvaguarda al ser humano de más crueldades de las que padece sin él.

Las dudas de Teresa frenaron de momento los deseos de vengar su propio honor. Un honor que no sabía que también tenía, pero que alcanza tanto a la señora de la portería como a la señora del abogado.

Creía que el hijo que esperaba era realmente fruto de su noche de amor con Paco. No podía ser de don José. Había lavado e irrigado sus tripas hasta hacer que desapareciera toda mancha de semilla del diablo: no, no podía ser de nadie más que de Paco.

Seis meses después, Teresa y Carmen se enseñaban los bebés. El de Carmen, que nació para ser cura, era idéntico al de Teresa, que nació para ser pobre.

Teresa se desesperaba cada vez que los veía uno junto al otro: —*No puedo tener tanta desgracia. Yo sólo quería que se lo creyera y que pagara; ahora resulta que la poca mierda que me echó me dejó preñada.*

## Àngel Font

---

Jamás supo la abuela de Isi lo cara que le salió la dentadura a la mamá del pequeño, ni a qué precio pagó la educación que recibirían el niño y su hermanito recién nacido, al que por cierto todos se empeñaban en llamar Quicu, cuando en realidad se llamaba Francesc Xavier, contradiciendo los deseos de su madre.

Al otro bebé de la escalera, hijo de Carmen y de don José, le llamaban Joselín, pero su nombre era José.

Pasaron cinco años. Isi salía del colegio para niños de clase alta y tropezó con unas vecinas de su casa.

—Mira, Fermina, estos tres niños parecen hermanitos, pero dos son de Teresa y el otro de don José. ¿Sabes lo que...?

El ruido de la calle impidió que Isi oyera el resto, pero no que escuchara perfectamente las risotadas de las dos amigas.

Cuando llegó a casa, con un niño a cada mano, corrió a contarle el suceso a su madre:

—Ya empiezo a estar harto. No es la primera vez que pasa, oigo cómo la gente murmura detrás de mí. ¿Por qué, mamá?

—Deja que murmuren, mientras sólo sea eso. Anda, corre, sube a Joselín o su madre se preocupará.

—No, Isi, no, quiero quedarme a jugar con vosotros, por favor —protestó el hijo de don José.

—Anda, súbelo, por favor —insistió Teresa.

—No, mamá me hace tocar el órgano y no quiero.

—Ya lo tocaré yo —intervino Quicu.

La discusión se alargaba; cada día era lo mismo.

Meses atrás Teresa había preparado para don José su jugada maestra. La que le tenía reservada desde hacía años.

La segunda vez que Teresa acudió al bufete de don José fue poco antes del inicio del curso escolar. Se plantó directamente en su despacho saltando la infranqueable barrera del pasante Diego de Zuloaga. De un manotazo puso un escrito sobre su mesa mientras hablaba, violenta y alterada:

—Es una nota que mandaré hoy mismo al Ilustre Colegio de Abogados de Barcelona, salvo que atienda mi demanda.

Don José la cogió sin abrir la boca y leyó su contenido sin pestañear para exclamar segundos después:

—Con la cantidad de culos que hay en Barcelona ya es mala suerte haber jodido con el tuyo.

—Mucho abogado y mucha historia, pero no es más que un vulgar malhablado.

—Mira lo que hago con tu nota —le dijo, rompiéndola en mil pedazos.

Pero Teresa lo tenía todo previsto. En aquel momento oyó que entraban los niños. Isi y Quicu solían acompañar a Joselín y a su niñera hasta su piso. Isi llevaba la cesta de la compra y la niñera le daba una propina.

Teresa corrió al vestíbulo, cogió a los dos pequeños, ordenó a la niñera y a Isi que se fueran. Entró en el despacho con un crío en cada mano.

—Mírelos bien, don José: parecen gemelos. Y mire esta foto: ¿son o no son hermanos?

—¿Quién la autoriza a retratar a mi hijo con el suyo?

## Àngel Font

---

—¡Los dos son hijos suyos! Y esta foto se adjuntará a otra carta como la que ha roto para que su Ilustre Colegio de Abogados se entere de lo ilustre que es usted.

—Veamos, calmémonos. Lleve a los niños fuera y hablemos.

Minutos después un don José sereno, reflexivo y profesional escuchaba atento a Teresa:

—Usted me engañó, me compró, me forzó, me trató de puta, me utilizó como si lo fuera. Y eso se paga.

—¿Cuánto?

—El bachillerato de mis dos hijos en el mismo colegio al que vaya el suyo, y si son capaces, carrera para cada uno.

—Bien, yo me cuidaré de todo. ¿Algo más?

—Sí, necesito que me diga si es justo o no.

—Los chantajes no sólo no son justos, sino que están castigados por la ley.

—¿Y cómo es que acepta?

—Porque los dos son mis hijos y acostumbro a darles lo mejor a los míos. En cuanto al tercero, lo consideraré como una buena acción.

Don José comunicó a su esposa que, en vista de la amistad de su hijo con los de la portera, haría la buena obra de pagarles la carrera si llegaba el caso.

—Como ves, tus oraciones han sido escuchadas, soy un santo.

—Y si quieren ir a un seminario, ¿se lo pagarás igual?

—Claro. Cuanto más cerca del cielo, mejor —rió el letrado.

Isi y Quicu irían durante años a un colegio de pago, el mismo que don José se podía permitir para su hijo Joselín.

Teresa y los suyos vivían su vida en una humilde portería, una vivienda infame, un cuchitril que había construido un grupo de familias ricas para sus porteros. Para ir al aseo había que subir doce escalones, caminar por el patio interior y llegar a una letrina ubicada en un rincón. Sin ducha, por supuesto.

La estancia se componía de una habitación, un pasillo largo, estrecho e inútil, una cocina-comedor y el dormitorio de los dos niños. El olor a humedad rancia y a mugre se confundía con la lejía que Teresa empleaba a todas horas.

Los tres escalones que ahora saltaba de una vez Quicu separaban el cielo del averno, la fortuna del infortunio, la abundancia de la miseria. La doble entrada de la finca estaba coronada por una cúpula, como si fuera la capilla del Santísimo de una iglesia gótica; al fondo, la escalera de piedra natural y mármol casi palaciego, entre un modernista parecido al gótico o un gótico que degeneraba en modernista. Hasta el principal se podían subir los peldaños en grupos de tres dándose la mano, después la escalera se estrechaba pero seguía majestuosa hasta la terraza donde las criadas lavaban y tendían la ropa.

Las criadas coqueteaban y los hijos de los amos hacían sus primeras prácticas amorosas al amparo de los cuartos trasteros o a la luz de la luna. Era el único espacio libre, luminoso y vital de que disfrutaron Isi y Quicu durante años. Joselín solía seguirles, compartía con ellos sus juegos de familia pobre: canicas, tejo, comba, escondite.

Fue precisamente buscando un hueco para esconderse cuando Isi vio por segunda vez un *flash* que nunca

## Àngel Font

---

había olvidado del todo, ni entendido hasta entonces, ni sabido el porqué de tales imágenes en su memoria. Joselín contó hasta veinte, buscó y halló a Isi. Corrió a tocar pared, pero el hijo de la portera siguió en su escondite sin mover un dedo. Cuando los dos hermanastros fueron a buscarlo para que contara él, todavía seguía pegado en el mismo rincón con la cabeza clavada a la pared mirando por una fina rendija, sin pestañear.

—¡Venga! ¡Isi, ahora te toca a ti!

Los gritos de los dos niños distrajeron al dueño del sexto, que tenía cogida por la cabellera a la criada del cuarto. Ésta dejaba que el hombre galopara veloz tirándole del pelo. Al no ver a nadie, siguió su ritmo.

Isi pidió silencio con el dedo.

—¿Qué pasa? —sisearon los dos críos.

Levantó primero a uno y después al otro.

—¿Qué hacen? Explícalo, ¿qué hacen?

—Yo qué sé, en el *cole* un niño me dijo que esto era follar.

—Pobres mujeres, ¡qué asco!

Hablaban muy bajito.

—Vámonos. Si nos ven, nos pegarán.

Se los llevó de allí.

Isi aprendía sus primeras lecciones. Las del *cole* le daban conocimientos; las otras, las de la miseria, las de la madre, le mostraban imágenes todavía desdibujadas.

Pronto lo entendería todo. Cuando llegó su turno, cuando su cuerpo le exigió el complemento del otro sexo, se encontró con una joven, casi una niña, que él agarró del mismo modo por la cabellera.

---

**Nuevo Rico**

---

—No, no, Isi, así no se hace... ¡Qué poco romántico eres! Ven, échate encima de mí.

La adolescente, boca arriba, abría los brazos y las piernas.

—Déjame a mí, déjame a mí y verás... —decía Isi mientras la manejaba a su antojo.

Por tercera vez estuvo frente a la imagen de sus cinco y sus once años.

—Si sabré yo lo que es esto... —susurraba mientras la naturaleza se encargaba del resto.

Isi no hizo el amor, ni se desahogó, ni sintió lujuria; sólo fue placer, puro placer mezclado con ira. Ira y placer, una bomba, un explosivo que ha destrozado a media humanidad, que ha hundido en la desgracia a corazones solitarios o a familias enteras.

Los años y su tercera visión de una mujer ofreciéndose desnuda le dieron las respuestas a tantos interrogantes.

Curtido ya por los chismes y comentarios maliciosos, aquellos mismos que notaba a sus espaldas cuando volvía a casa del colegio y que tanto le molestaban, de pronto todo cobraba sentido. Lejos de odiar o sentir rechazo por su madre, la empezó a admirar más que nunca. Por su mente pasó una película en cortometraje, una vida llena de dificultades y penurias. Comprendió el ardid de su progenitora.

—*Bravo, mamá, bravo, yo no te defraudaré. Este maldito cabrón pagará mi carrera hasta el último curso y algo más si soy tan listo como tú.*

La contestataria y brutal adolescencia era más comprendida, y a su vez sufrida, por la clase social que todavía llamaba de *don* a un letrado. La servidumbre y las clases



## Àngel Font

---

obreras no podían permitirse tantos miramientos ni tanta tolerancia con sus hijos en edad *del pavo*.

La fortaleza de los imberbes de entonces se podría reflejar en esa comprensión y complicidad de Isi hacia su madre por la manera en la que debió actuar para dar lo mejor de sí a sus hijos.